

CONILL, JESÚS, *Nietzsche frente a Habermas. Genealogías de la razón*. Madrid: Tecnos, 2021, pp. 196 ISBN: 978-84-309-8386-5.

La última publicación de Jesús Conill, reconocido especialista de la filosofía de Friedrich Nietzsche en los ámbitos europeo e hispanohablante, lleva por título *Nietzsche frente a Habermas. Genealogías de la razón*. En parte, la obra actúa como un pertinente contrapunto y correctivo tras la publicación de *Auch eine Geschichte der Philosophie [Una historia de la filosofía]* de Jürgen Habermas. En dicho libro, Habermas elabora una extensa y ambiciosa ‘genealogía’ del pensamiento posmetafísico o, dicho de manera más sencilla, de la razón en la historia de la filosofía, empleando como hilo conductor el discurso sobre «creer» y «saber». Esa obra representa un importante giro dentro del pensamiento habermasiano —y de la ética procedimental en general— que tradicionalmente se ha decantado por la defensa de los consensos superpuestos en la abstracción de las convicciones más profundas y, de manera particular, las religiosas. Distanciándose de esta pretensión de separación o incluso de «superación», *Auch eine Geschichte der Philosophie* reconstruye las raíces y las huellas de lo sagrado en la razón y reconoce la función humanizadora de la religión.

Nietzsche no corre la misma suerte en este cambio de rumbo: Habermas insiste en pasar por alto su «discurso estético» y permanece anclado en su habitual rechazo del filósofo de Röcken. En la misma nota a pie de página en la que previene al lector de que no se detendrá en Nietzsche, Habermas apunta que considera «regresiva» la abolición de la diferenciación moderna del arte, la moral y la eticidad que dice apreciar en Nietzsche y señala que sus propuestas se prestan a ser instrumentalizadas para una satisfacción subrogada, secularmente codificada, de las necesidades religiosas reprimidas — como si no hubiera sido el propio Nietzsche quien hubiera advertido, ya en *La gaya ciencia*, del problema de las «sombras de Dios» que permanecen tras el evento de su muerte. En cualquier caso, tales afirmaciones van en línea con la tradicional acusación de Habermas, desde *El discurso filosófico de la modernidad*, de un supuesto «mesianismo dionisiaco» en Nietzsche, porque Habermas entiende lo dionisiaco como un movimiento reaccionario hacia la irracionalidad y una antigua visión mítica del mundo. Por lo demás, en los escasos momentos en que Habermas menciona a Nietzsche en los dos tomos de su obra, y siempre a colación de otros autores inspirados por éste como Karl Löwith, aprovecha para insistir en su supuesto carácter reaccionario. Como ejemplo representativo, Habermas sostiene que Heidegger seguiría la estela de Nietzsche en su recuperación de «afectos nacionalistas-neopaganos», una afirmación que desatiende más de medio siglo de estudios nietzscheanos,

filológicos y filosóficos, dedicados a luchar contra los prejuicios en torno a la pretendida germanofilia de Nietzsche.

Así pues, y retomando la obra que realmente nos ocupa en esta reseña, el libro de Jesús Conill se propone hacer justicia a Nietzsche dentro de esta contienda Nietzsche-Habermas y escoge con atino el punto de vista de la razón, puesto que ahí reside la clave. Para Habermas, el criticismo nietzscheano equivaldría a abandonar por completo las pretensiones de la razón y capitularía ante «lo otro» de la razón, por ejemplo, escogiendo en su lugar valores supuestamente «estéticos» y «arcaicos» como lo trágico, lo dionisiaco o lo noble. Respondiendo de manera directa a esta caracterización de la filosofía de Nietzsche como «discurso estético», Conill advierte desde la introducción de su libro que reducir a Nietzsche al ámbito estético de la modernidad es inadecuado. Habermas se equivoca en su consideración de la razón nietzscheana, que no es otra cosa que una transformación genealógica de la filosofía kantiana. Así lo argumenta Conill a lo largo del libro avalado por toda una línea de investigación consolidada en torno a Nietzsche, Kant y el neokantismo.

Tras una rica introducción en la que se contextualizan los motivos, los conceptos y los términos de esta oportuna confrontación entre Nietzsche y Habermas, el libro de Jesús Conill se abre con una primera parte sobre Habermas en la que reconstruye su comprensión de la religioso. Comienza con la primera etapa en la *Teoría de la acción comunicativa*, marcada por un cierto positivismo histórico, según el cual el pensamiento religioso pertenecería a un estadio ya superado de la historia. Conill disecciona la terminología que Habermas empleaba en esta primera etapa, que resultaba cosificadora y provenía de la sociología y la economía, y no de la filosofía. Esta terminología se apreciaba, por ejemplo, al hablar del sentido en términos de «recurso», como si la función de la religión fuera satisfacer necesidades pragmáticas. Conill advierte, ya en este punto, que lo absoluto, lo santo y lo sagrado se diferencian cualitativamente del mundo de los intereses y de las necesidades de compensación y proyección. Tal advertencia de Conill, a mi juicio, demuestra su carácter nietzscheano porque en ella resuena la crítica de Nietzsche a la transformación de la religión cristiana en mecanismos de disciplina, consolación y recompensa.

Continuando con el libro, Conill reconstruye cómo Habermas posteriormente sustituye este enfoque reduccionista por una aproximación genealógica, sin duda preferible, pero en la que persisten carencias hermenéuticas. En estas nuevas etapas del itinerario habermasiano, cobra protagonismo el concepto de «sociedad postsecular», que podría resumirse de manera escueta en la conciencia de que los problemas de la secularización no se solucionan con más secularización, porque tal vía está condenada a destruir

la perspectiva del mutuo entendimiento entre ciudadanía laica y religiosa. Se trata, en cambio, de introducir importantes correcciones en el uso público de la razón y de reconocer el lugar de las religiones en la historia de la razón y en los hábitos mentales de los ciudadanos tanto laicos como religiosos. Conill desarrolla estas correcciones y ámbitos en los capítulos segundo y tercero.

En línea con lo que Charles Taylor denominó «los motivos de una ética procedimental», argumenta Conill que incluso en las democracias liberales subyacen valores y pre-conceptos que no pueden comprenderse en términos meramente formales, sino que recogen la herencia universalista del monoteísmo y expresan un sentido de lo sagrado. Esta herencia ha orientado e impulsado la cultura europea a lo largo de la historia en cuestiones tan significativas como la identidad, la responsabilidad o la relación con la muerte. Por todo ello, y concentrándose en el caso particular de Habermas, argumenta Conill que sin este proceso de aprendizaje y aportación de contenidos religiosos no hubiera sido posible la teoría de la acción comunicativa del propio Habermas.

La segunda parte del libro, dedicada a Nietzsche, no se limita a ser una mera reivindicación intelectual de su importancia frente a la deliberada omisión por parte de Habermas. No se trata únicamente del hecho de que Habermas haya decidido ignorar en su «genealogía» de las relaciones entre fe y saber precisamente al filósofo que convirtió la genealogía en un auténtico método filosófico y que, además, constató el evento de la «muerte de Dios» junto con el advenimiento del nihilismo europeo. La cuestión clave reside, como argumenta Conill, en que la genealogía nietzscheana y su vinculación con la hermenéutica crítica proporciona una tercera vía frente a las dos formas de pensar presuntamente postmetafísicas que Habermas contempla: la que pretende objetivar el fenómeno de la religión científicamente y la que intenta comprenderlo en su complejidad. Ambas perspectivas son insuficientes porque no reconocen ni que la razón opera desde un enclave experiencial ni que la fe cristiana y la vivencia de lo divino tienen un sentido performativo que rebasa la objetivación científica y metafísica. En este punto, recuerda Conill la crítica nietzscheana de la razón pura porque, como ha recalado en múltiples ocasiones, lo que le interesa de Nietzsche no es tanto la doctrina, sino *el método* y especialmente, su transformación hermenéutica de la filosofía desde la genealogía. El hecho de que sea Nietzsche quien proporcione la alternativa metodológica frente a las dos únicas posibilidades que contempla Habermas justifica que el libro se titule *Nietzsche frente a Habermas*, y no «Habermas frente a Nietzsche», por mucho que cronológicamente Habermas sea un pensador posterior a Nietzsche.

De este modo, se transita a la segunda parte del libro, denominada «Genealogía de la razón corporal (Nietzsche)». Retomando la cuestión del método, el capítulo cuarto, que abre esta segunda parte, indaga en la

radicación de la razón en la vida, mientras que el quinto explica la poetización e interpretación de los signos en perspectiva nietzscheana. Estos dos capítulos son especialmente pertinentes como respuesta a las interpretaciones relativistas del pensamiento de Nietzsche y muestran, en cambio, que lo que acontece en Nietzsche es una batalla por la autoridad de la razón y su reorientación como razón hermenéutica para, justamente, mantener su autoridad y vigor como condición de vida. Conill confronta a Habermas de manera directa argumentando que no hay motivo alguno para temer un deslizamiento hacia lo irracional, porque la hermenéutica genealógica inaugura otro modo de entender el pensamiento crítico y la racionalidad.

Los capítulos sexto y séptimo conectan de manera directa con cuestiones de cultura política y de democracia. Lejos de limitarse a un tratamiento erudito de Nietzsche, estos capítulos nos permiten interrogar y diagnosticar, en perspectiva nietzscheana, por qué vivimos nuestras democracias de una manera tan insatisfactoria, o por qué las promesas de igualdad, seguridad y bienestar no redundan en una mayor libertad sino en esclavitud espiritual y resultan ser nuevas versiones de los ideales ascéticos. Conill muestra que la crítica genealógica y comparativa de la cultura es liberadora porque permite entrever otros horizontes políticos y una cultura sin idolatrías, en la que se hayan vencido las sombras de Dios —término que engloba no sólo las promesas de la democracia y sus instituciones como el Estado, sino también la ciencia, la tecnología y las explicaciones materialistas del mundo de diverso género.

Los tres últimos capítulos se ocupan de la transfiguración de la vida, de su afirmación poética y trágica y de la conexión entre la política de la transvaloración y el cristianismo trágico. Estos capítulos arrojan luz sobre distintas posibilidades de encontrar un momento fructífero y un proyecto filosófico y ético viable tras la crítica nietzscheana de los valores, de nuevo contra el escepticismo habermasiano. En concreto, la propuesta de Conill consiste en entender la propuesta de Nietzsche como «la práctica de vida terrenal de un cristianismo con sentido trágico» (p. 177). No se trata de vivir la religión y la moral como funciones de consolación, porque la fortaleza se demuestra al no requerir esa función de promesa y, en su lugar, ser capaz de afirmar y afrontar el carácter trágico de la existencia, en relación con otros conceptos e ideas clave de la filosofía de Nietzsche tales como el decir «sí a la vida» del eterno retorno.

La perspectiva que marca el enfoque de la interpretación nietzscheana y que Conill recupera en este libro es la del cristianismo originario: la distinción entre la figura de Jesús de Nazareth, es decir, la vida del Jesús histórico-real, y la forma en que fue propagada por los apóstoles, en especial, la interpretación teológica de Pablo de Tarso, que convierte a Jesús en «Cristo el Crucificado».

Frente a la creciente psico-sociologización de la religión y de la conciencia moral en la vida contemporánea, estas reflexiones inciden en los peligros de convertir la cruz en sentencia y argumento (AC 53), es decir, de reducir la religión a una instancia anestésica de salvación. En cualquier caso, se insiste en que esta crítica no implica renunciar a otras formas de vivir la religión, por ejemplo, a través del ejemplo del modo de vivir de Jesús de Nazareth como auténtico cristiano trágico, expresado de manera paradigmática por el propio Nietzsche en *El Anticristo*: «en el fondo, no ha habido más que un único cristiano, y ese murió en la cruz. El “evangelio” *murió* en la cruz» (AC 39). Lo que ha fructificado durante dos mil años es una malinterpretación que niega esa cristiandad. Sin duda, Nietzsche es crítico con las instituciones eclesiásticas y ataca de manera evidente la moralidad cristiana, pero en sus últimos años deja abierta la posibilidad de una forma de religiosidad que sea inmanente y personal, es decir, que recupere el centro de gravedad terrenal y se ancle en la responsabilidad. Así, la crítica de Nietzsche al cristianismo puede servir como base para reconstruir la vivencia religiosa.

De este modo se muestra que Habermas malentiende tanto el vigor de la razón en perspectiva nietzscheana como las posibilidades de la vivencia trágica del cristianismo, elementos clave de una filosofía de la afirmación capaz de modificar y transvalorar nuestra cultura ética y política. Estas son sólo algunas de las líneas argumentales que plantea el último libro de Jesús Conill, que tiene el enorme valor y coraje de replantear la delicada cuestión del cristianismo en la filosofía de Nietzsche con una perspectiva propia, más allá de las simplificaciones y vulgarizaciones habituales, en diálogo crítico con uno de los filósofos más importantes de la actualidad.

Marina García-Granero
Universidad de Valencia

GRÄTZ, KATHARINA, *Kommentar zu Nietzsches Also sprach Zarathustra I und II*, Band 4/1, Berlín/Boston: Walter de Gruyter, 2023, 970 pp., e-ISBN (PDF) 978-3-11-029331-9.

GRÄTZ, KATHARINA, *Kommentar zu Nietzsches Also sprach Zarathustra III und IV*, Band 4/2, Berlín/Boston: Walter de Gruyter, 2023, 981 pp., e-ISBN (PDF) 978-3-11-029333-3.

Los dos nuevos volúmenes que se han publicado recientemente del gran *Nietzsche-Kommentar*, que puntualmente viene editando la editorial Walter